

ISSN 2007-1620

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 45, No. 45, Vol. III
Enero-Diciembre 2018

Letras



UANL®

LA LENGUA ES UNA CASA QUE TE HOSPEDA

Marina Porcelli*

Narrativa Argenta, Buenos Aires

Resumen. Este ensayo formará parte del libro *Símbolo Nausícaa. Viaje al otro lado de la otredad. Ensayos sobre género, escritura y ciudad*, de próxima aparición. Se presenta aquí como adelanto. En él se hace un recorrido por el lenguaje de la literatura y su manera de encarnar la historia y la memoria.

Palabras clave: literatura, memoria, relectura del canon literario.

La guerra de la independencia is a constant.

Gloria Anzaldúa

* Narradora y ensayista. Ha trabajado en diversos proyectos culturales y editoriales. En 2010, fue elegida por el Fonca/Conaculta para participar del Programa de Residencias Artísticas para Iberoamérica y Haití, en el Distrito Federal (México), y en 2012, recibió la Beca de Residencia de la Secretaría de Cultura Argentina, en convenio con México.

CHIAPAS, MÉXICO, 2015.¹ SALIMOS A SAN CRISTÓBAL de las Casas, a las cinco de la mañana, el conductor de la camioneta hablaba muy fuerte, con tono alto (sobre todo, para nuestro despabile torpe de la madrugada), marcaba mucho las sílabas, hasta que entendí que su lengua materna no era el español. Y que por eso se presentó como Efraín. En la camioneta, Óscar, padre con dos hijos, de Cuernavaca, unas hermanas francesas que no entendían nada, una pareja adulta de Baja California (gritones, panzones, pro-americanos, partidarios de la represión cuando, esa misma noche, quedamos varados por el corte zapatista, ruta más abajo. De esos que quieren conseguir un taxi a las tres de la mañana, y pasar en auto al otro lado). Nos turnábamos para ir al asiento de adelante, el del lado del conductor, que poco antes de que empezaran las curvas repartía Dramamine para los mareos en la ladera atosigada de selva, en sus curvas inmediatas, y muy angostas, en ese subir y bajar.

Cerca de las once, hubo un desayuno desmañado en un comedor de ruta, en una de esas mesas donde los turistas nos sentamos juntos, y nos sirven fruta y huevos rancheros. Vi, sin embargo, brevemente, cómo Efraín desayunaba de pie, pegado a la llanta de la camioneta. Anduvimos casi doce horas sin parar: fuimos a la laguna de Montebello y a la selva. Comimos pescado en un puesto, y después se desató la modorra: ahora, al principio de la tarde, la camioneta iba tranquila, y nos habíamos silenciado.

Desperté cuando ya había anochecido. La voz de Efraín era baja ahora, pero muy continúa mientras se iba dando la penumbra. Las curvas eran tupidas, de tanto en tanto, se escuchaba, también, cómo alguna rama pegaba contra los vidrios laterales de la ventanilla. Casi todos dormían, le hice señas a Óscar e intercambiamos asientos. Quizá, por el agotamiento del sol que nos había caído mientras andábamos, por momentos solo se escuchaba el ruido del motor. Y la voz de

¹ Desde 2010, pasé casi ocho años viajando por México. Residí en la ciudad de México, y en Monterrey. Estos recorridos son, de alguna manera, el fundamento de buena parte de este ensayo.

Efraín, cada vez más baja, cada vez más cautelosa, pero clara para mí que ahora iba adelante, su voz continúa en su diálogo con Óscar, como si con él tuviera de verdad confianza.

No sé cómo empezó, no sé si empezó o si continuaba, en realidad, pero sé que en algún momento del arrullo por la selva y por la oscuridad, quedaba la voz de ese hombre, con las palabras en español recortadas como con navaja, con el tono de voz muy preciso ahora, y entonces escuché cómo habían matado a Emiliano Zapata. Efraín fue diciendo cómo Zapata se acercó a la hacienda (Hacienda en Chinameca, en Morelos, Guerrero, dijo Efraín), cómo entró y oyó esa especie de trompeta, una señal, y el tata (sí, el tata, dijo Efraín), el tata tiene que haberse dado cuenta justo en ese momento de que algo pasaba, ahí justo, Zapata tiene que haber dudado, y entender que estaba solo en la plaza del fuerte, mientras empezó a sentir la balacera, y el cuerpo se agitaba, y se sacudía.

Y yo pensaba que a Zapata lo habían matado cien años atrás, y ahora hablaba de su muerte el conductor de la camioneta, pero en voz baja, como algo que se hereda y se da, Efraín, que paseaba turistas y su lengua era el tsotsil o el chol o el lacandon (Zapata escribía los comunicados en náhuatl), y que uno de los mejores testimonios de lo que había hecho Zapata y de lo que significa Zapata era ese hombre hablando así, en la oscuridad triste del camión que bordea la montaña con la selva azul, en la voz cautelosa y dolida del que manejaba. Efraín contó también que después de los asesinatos, los carrancistas exhibieron el cadáver por todo el pueblo, al día siguiente. La gente lo miraba y bajaba la cabeza y negaba. Entonces en el pueblo se empezó a decir Zapata vive.



QUIÉN CUENTA LA HISTORIA. Lo señala Víctor Barrera Enderle. En *El águila y la serpiente*, libro 4, tomo I, publicado en 1928, Martín Luis Guzmán escribe que cuando se reunieron

villistas y zapatistas en el palacio presidencial de la ciudad de México, cuando se sacaron la fotografía famosa en la que todos están sentados en el palacio, el 6 de diciembre de 1914, el hermano de Zapata, primero, se quedó un rato largo mirando fijamente el cuarto, y después le comentó a Guzmán que él siempre había creído que la silla presidencial era una silla de montar a caballo.



A NUESTROS DIOSES, en cambio, se les deparó la pobreza. Quedaron exiliados de su propia casa, habitan nuestra tierra como si nunca hubiera sido nuestra. Digo en cambio, por el libro de Heine, que publicó en Alemania en 1853, *Los dioses en el exilio*. El libro relata cómo, con el cambio de época, los dioses griegos son condenados a esconderse, a andar y ser extranjeros en su propio lugar. Apolo se convirtió en pastor, por ejemplo. Solo cuando lo torturaron confesó que en realidad era un dios. Lo mataron y lo enterraron pero al tiempo la tumba apareció vacía. Baco y el séquito fueron monjes cristianos.

El pueblo entero los consultaba, hasta la noche en que los vieron internarse en el bosque y perderse en las orgías. Lo mismo Mercurio, que eligió el destino del comercio holandés. Perseguidos, torturados, con una vida simulada: en el libro de Heine, los dioses griegos se vuelcan sobre los oficios burgueses. Pero a los nuestros, insisto, se les deparó la pobreza. Laterales, como al margen, subterráneos. Lo que respira pero es invisible, lo que se pierde en la generalización. Ante la lengua impuesta y la vida sin orillas, la melancolía permanece.

Miguel Ángel Petrecca escribió *El Maldonado*. Ahí reconstruye la historia del dios del arroyo hasta que lo meten en un tubo, y canalizan el agua por debajo de la ciudad. El 13 de agosto es fecha de la caída de Tenochtitlán. En el Museo de Antropología, en la ciudad de México, junto a la piedra de sol, se leen los códices en náhuatl y su traducción al castellano.

Marina Porcelli

Los cabellos están esparcidos, *escuché una vez*, y destechadas están las casas. Y se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño, y de la doncella.

“La lengua es una casa que te hospeda”, Li Po.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA is a constant. Extranjera en su propia tierra, porque Gloria Anzaldúa, de familia chicana, chicana ella, y lesbiana y mestiza, nació y creció en el estado de Texas, tierra que históricamente le perteneció a México. La imposición de fronteras de la que hablaba Numumba, que corta y segrega. Justamente, el libro de Anzaldúa se llama *Fronteras / Borders*, y se abre con una cita de los Tigres del Norte. “El otro México que acá hemos construido / el espacio es lo que ha sido / territorio nacional”.

Los escritos de Anzaldúa cruzan los géneros, es crónica y ensayo, y poesía y confesión, y esa hibridez construye toda su fuerza. Anzaldúa relee su doble condición, la de ser mujer y ser latinoamericana, la de estar atravesada por el español y por el inglés: ese anfibio, esa bestia *queer* (*the shadow beast*, llega a decir), *it is a path of knowledge*. Quizá no haya ejemplo mejor, ninguno tan potente y vital como la escritura de Anzaldúa, tan arrasado y luminoso como su grito. Que cuenta la history of the oppression of pure raza que se lleva en el cuerpo. Que testimonia las coordenadas de su situación: blocked, immobilized, we cant move forward, cant move backwards. Y también, my chicana identity is grounded in the indian woman is history resistance. Su cuerpo, la historia de su cuerpo. Cada gesto y cada palabra son marcas de identidad.



CARLOS ALONSO, ARGENTINO, pintor, dice, en una entrevista, que el principal problema que tuvo, en su proyecto de ilustrar *Martín Fierro*, fue cómo caracterizar el “aquí” del primer verso. *Aquí me pongo a cantar, al compás de la vigüela*, escribe Hernández. En ese “aquí”, dice Alonso, está toda la pampa. Y eso había que pintar.



LA GEOGRAFÍA ESTÁ EN LA MIRADA, en la lengua. Bret Harte es el autor de *Cuentos del oeste*, volumen que incluye “Los exiliados de Póker Flat”: un relato excepcional sobre cómo expulsan de un pueblo minero del oeste de Estados Unidos, a una puta, a un jugador y a un viejo borracho, “por malas costumbres”. Mientras esperan que pase la nieve en las montañas, para entretenerse y no morir de frío, los personajes de ese cuento recitan *La Iliada* junto al fuego. Pero se suele imputar la obra de Bret Harte porque, la crítica sostiene, él no fue minero de tiempo completo.

Chesterton, según Borges, decide que en la labor de Harte no hay nada “típicamente americano”. “Bernardo de Voto”, apunta Borges, “ha escrito que Bret Harte era un impostor literario”. Vale decir, se le acusa cierta infidelidad en sus retratos de la vida del oeste, un falseamiento de la verosimilitud. De todos modos, Borges zanja el asunto: “Si Harte hubiera sido minero”, afirma, “Bret Harte no habría sido escritor”.

El escritor argentino y la tradición es el nombre del ensayo de Borges que incluye el veredicto famoso sobre los camellos en el Corán. A veces se lo fecha en 1936, a veces, en 1955. “Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el Alcorán, no hay camellos”, dice Borges, “yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Alcorán, bastaría esa ausencia de camellos para probar que es árabe”. El paisaje, la

geografía siempre está incorporada en la mirada del autor. Cuando la historia se colma de giros autóctonos y vestimenta típica, se satura de “fondo de siestas, inundaciones y sequías”, como anotó Quiroga, el relato tiene mucho de turístico y nada de literario. Lo entendió Malcolm Lowry cuando habló de México. De hecho, el propio Lowry, en una carta famosa dirigida a Jonathan Cape, respondió a la acusación de que en su novela existía “color local a paladas”. “Todo lo que hay allí, en la obra”, se defendió Lowry, “tiene su razón de existir”.

No hay escritor (no hay escritor en América Latina, quiero decir) en esta tierra de belleza convulsiva, como propuso Luis Cardoza y Aragón, que no sea valioso sin dar cuenta de su pertenencia, de su geografía existencial. Pienso en la oralidad reconfigurada de la prosa del dominicano Juan Bosch en la primera mitad del siglo, por ejemplo, o en las discusiones sobre criollismo en el grupo uruguayo de Mario Arregui durante la década del 50.

Los relatos de Bosch son historias de campesinos dominicanos, pero antes que nada son historias de hombres leales o traidores que, en suma, hacen lo posible por vivir. Con esta premisa, Bosch testimonia la vida rural de la región del Cibao, apelando a una prosa que no es neutra, muy por el contrario, se organiza desde los giros locales, ya que su propia expresividad, su vigor, está en el artificio que él logra con este español.



EL RECHAZO DEL URUGUAYO MARIO ARREGUI al mote de costumbrista, que lo hizo definirse como autor de “literatura a secas”. Colindado por Ángel Rama, Arregui objetó la propuesta que ubicaba al espacio rural uruguayo en una instancia apolítica, de giros gauchescos y tono elegíaco, lo que Ángel Rama diagnosticó como *la gauchesca domesticada*. Arregui, entonces, desarrolló una escritura a partir de la cartografía lingüística que

lo cifraba como escritor: el humorismo, cierta ternura, y también, un rigor verbal muy cercano a la violencia.



BORGES ESCRIBIÓ *LA TRAMA* EN 1960. Sobre cómo la escritura de un relato clásico se rescribe sobre nuestra geografía, con nuestras propias palabras, en nuestra propia lengua. Al destino le gustan las repeticiones, dice Borges. En la pampa, el grito de Julio César, *tú también, hijo mío*, que ya habían recogido Shakespeare y Quevedo, es redicho por un grupo de hombres bravos. Un gaucho es agredido por otros gauchos, está a punto de morir, “y al caer, reconoce a un ahijado suyo, y le dice con mansa reconvencción y lenta sorpresa: *¡Pero, che!*” Y Borges agrega que estas palabras hay que oír las, no leerlas.



“Y LLAME SU ATENCIÓN SOBRE AQUELLAS costas lejanas, tan bellas y ricas, como injustamente desconocidas y calumniadas”. Fray Mocho, *En el mar austral*, 1898.



LAS CRÓNICAS Y LAS TIERRAS INDIAS. En 1979, Alejo Carpentier propone la nueva novela latinoamericana como *nueva crónicas de Indias*, como testimonio nuestra desigualdad. Así, este neocolonialismo se inserta en la concepción literaria. Se busca poner en jaque, de alguna manera, los discursos hegemónicos. Ejemplo de esto, las “novelas de dictadores”. Las “novelas de la revolución mexicana”, que abarcan autores tan distintos como Rafael F. Muñoz, Martín Luis Guzmán y Jorge

Ibargüengoitia. Esta narrativa resulta valiosa porque está operando como una relectura explícita de nuestra memoria colectiva y de nuestro pasado, está proyectando una perspectiva sobre el tiempo actual. Las novelas históricas siempre suceden en el presente.



LA CASA DE HERNÁN CORTÉS, en Veracruz, 2016. Yo quería ver el golfo de México, la parte del río por donde entró Cortés, así que me detuve a preguntar en una gomería en la ruta (vulcanizadora, le dicen los mexicanos). Después busqué la curva, giré, y anduve treinta kilómetros hacia la barranca. Comí pescado en uno de los puestos de la orilla, me quedé mirando las aguas (por dónde habrá entrado Cortés), caminé hacia arriba, hacia el pueblo. Encontré la casa, hecha de árboles, que está como incrustada entre otros árboles más enormes. En la vulcanizadora, horas antes, cuando me detuve a preguntar en la ruta, tres tipos sentados en sillas minúsculas conversaban a la sombra. Saludé.

- Busco la parte del río por donde entró Cortés— dije yo.
- Los hombres me miraron. Miraron hacia abajo, se frotaron las manos. Treinta grados a la sombra, seguro. Ellos vestidos como si nada. Uno se animó a hablar.
- Es para allá —era el más viejo, y había alzado el brazo hacia el oeste.
- El otro viejo lo miró. No me miró a mí, lo miró a él y con sorpresa.
- No— dijo— es para allá.

- También había alzado el brazo. Hacia el este.
- Para allá— dijo el tercero.
- Señalaba.
- Se pusieron a hablar entre ellos. Que Cortés no podía haber entrado por ahí, que tiene que ser del otro lado. Que es acá, te digo, por allá.
- Allá— escuché— Tiene que ser por allá.
- Dije gracias y me metí en el auto. Mientras arrancaba, todavía los escuchaba discutir.



ABRIL, 1919. DESPUÉS DE LA EMBOSCADA contra Emiliano Zapata, llamaron a gente de Villa Ayala, el pueblo de Morelos, le mostraron el cadáver y le preguntaron: “¿es este tu tata Zapata?” Si decías que no, te fusilaban. Así fusilaron a diez, a once. Pero a pesar de estos muertos, y de “el muerto”, continua el rumor: *Zapata vive*.



“ESTA PROSA QUE SE DESPARRAMA como la lluvia de las sierras”, anota el brasilero Graciliano Ramos en 1934, concretamente, en el último capítulo de su novela *San Bernardo*, que cuenta con cierta crueldad el ascenso económico de un rancho. Antes, en el mismo libro, dejó asentado: Escribir como se habla, ¿por qué no? Las citas vienen al caso, singularizan la propuesta de Ramos, que nació en Alagoas en 1892 y murió de cáncer en Río de Janeiro en 1953. Integró el

grupo de escritores del nordeste, vale decir, la corriente que incluyó a José Lins do Rego y Raquel Queiroz y que instaló la sequía de las regiones rurales como problemática central de su literatura. Así, narrando la pobreza ligada a esa sequía, y su angustia y su desesperación, irrumpió en la década del 30 y dio formas nuevas, con un determinado tratamiento del lenguaje, una especie de *regionalismo sin tierra*.

De hecho, Ramos creció en Pernambuco, tuvo, de chico, crisis de ceguera provisoria, trabajó en Río de Janeiro como corrector de pruebas de varios periódicos y, desalentado frente a las escrituras de moda, se fue a vivir a Palmeira dos Índios, junto con su padre, luego de que murieran sus hermanos de peste bubónica. Se casó dos veces, crió varios hijos, fue, por un breve lapso, director de prensa oficial del estado. Sin embargo, durante el régimen de Getulio Vargas quedó encarcelado, aunque sin cargos concretos: se supone que lo encerraron por comunista.

Para esta fecha, ya había publicado su primera novela *Caetés* (1933), la comentada más arriba, y *Angustia* (1936). Pero es justamente después de la cárcel cuando la prosa de Ramos asienta su giro buscando un trazo más transparente, cuando gesta su obra magistral, *Vidas secas* (1938) y se vuelca de lleno a la confesión y a la autobiografía. La parquedad del estilo y sus capítulos breves, la ausencia casi total de adjetivos y la limpieza extrema de la oralidad son constantes en esta obra. Tanto como ese plano infinito de dolor y tristeza que atraviesa invariablemente las historias: aunque al final del camino, en el fondo del terreno yermo, aparece siempre una fisura, una perforación que da más sensibilidad a los personajes, que hace posible la piedad y cierta esperanza.

NO SOLO ES EL OTRO, TAMBIÉN ES LA OTRA. Todo lo que está por fuera, todo lo que no se constituye como ese varón blanco de

Occidente, en palabras de Fanon, y que cité al comienzo del libro, también tiene una lengua, un escenario, un paisaje. Su uso de la lengua está ineludiblemente ligado al lugar donde vive, eso quiero decir. Romero propone que el proceso de fundación de ciudades latinoamericanas se da, en casi todo América Latina, sobre ciudades ya existentes. La ciudad pervive. Con sus recorridos, sus remansos y su caos. La gente pervive. Y todo ese sustrato es, de alguna manera, testimonio de la opresión.

Ante el español impuesto y la vida empujada a las orillas, la melancolía permanece. Entonces no es solo el otro, ni siquiera la otra, es también el otre que se abarca con la e o con la x, que se suman al *Nuestra América* de la que hablaba Martí. Es el excluido del que hablaba Fanon. Son ellos. Ellxs. Comunidades indígenas y comunidades afro, homosexuales, trans, mujeres.

La literatura teórica sobre otredad es vastísima. Los Códices Mesoamericanos acerca de la caída de Tenochtitlán, el ensayo De los caníbales de Montaigne, la publicación de *Calibán* de Fernández Retamar o los relatos místicos de Todorov. Y esos manifiestos estéticos que minaron categorías como color local, y se suman a la crítica que hace Ángel Rama, contra la gauchesca domesticada. Por nombrar algunos. Los estudios fundantes desde la Academia, Cornejo Polar, García Canclini, Enrique Dussell, León Portilla y Rita Segato y Dora Barrancos, todo ese material critica y batalla la perspectiva de una sola voz, y despliega la otredad como cimiento de una identidad heterogénea. Se me ocurren, claro, también muchos escritos de ficción en este sentido.

Desde los versos luminosos de Aimé Césaire hasta novelas nítidas como *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos. Paradójicamente, ya se dijo, el español se oficializa en nuestros territorios durante los períodos de independencia. Y ya señalé también los insultos de Calibán: “¡Me habías enseñado a hablar y el provecho que me ha reportado es saber cómo maldecir! ¡Que caiga sobre vos la roja peste por haberme inculcado vuestro lenguaje!” Maldecir. Putear, en porteño. Y justamente a eso voy, a que se putea de una manera muy particular. Muy

singular. Nada representa con tanta claridad nuestras identidades particulares como nuestras puteadas. Pero la RAE no reconoce siquiera la palabra “putear”. Irse de putas, dice la RAE. O putear es un *argentinismo*. La indicación tiene algo de sub. Con sus reglas y su normatividad, la RAE nos jerarquiza: sin que el comentario suene paranoico, articula una especie de desvalorización.

Que nuestro modo de hablar sea un modismo borra de alguna manera nuestras identidades. Y tiene otras consecuencias: el español neutro, por ejemplo. Que exigen en el cine y en las editoriales. Argumentan que lo usan para que se entienda más. En realidad, la homogenización solo hace que nos entendamos menos. Que nos perdamos en un modo de hablar que no nos representa. La literatura de viajes es deudora completa de las propuestas de otredad. Está en los orígenes, en Homero. Incluso, símbolo Naúsicaa puede extenderse ahora un poco más. Ulises continúa su viaje, después de narrar su historia en el país de los feacios, y Naúsicaa lo escucha. Ella, igual que Dido frente a Eneas, se queda y se ocupa de la casa. Igual que Penélope, y el estereotipo de la mujer que espera.

A las mujeres se le reserva el horizonte de lo pequeño, se la confina. Viajar es peligroso para ella. En cambio, el hombre es el que viaja. Recorre, conoce el mundo. Para Descartes, en las primeras páginas de *El recurso del método*, viajar tiene una dimensión cognitiva, algo se aprende y cambia con un recorrido. El recorrido físico, entonces, se atempera al recorrido existencial. Los cuadros de Marco Polo o las sentencias de Colón dan cuenta de que la conquista, y la violencia fundante, también se dan por la palabra. Que la opresión, claro, también se da por la palabra. Pero las voces y lxs otrxs viven más allá *de la mirada imperial*.